



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

México

Albertani, Claudio

Reseña de "Clase=lucha. Antagonismo social y marxismo crítico" de John Holloway (comp.)

Bajo el Volcán, vol. 5, núm. 9, 2005, pp. 219-226

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28650913>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

*CLASE=LUCHA. ANTAGONISMO SOCIAL Y MARXISMO CRÍTICO*

JOHN HOLLOWAY (COMPILADOR)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA/EDICIONES HERRAMIENTA,

BUENOS AIRES, ARGENTINA, 2004

Claudio Albertani

EN BUSCA DEL ANTAGONISMO PERDIDO

He aquí una nueva “provocación” de John Holloway. Provocación en el mejor sentido: estímulo, desafío, invitación a la acción. Y es que este pequeño libro compilado por John con contribuciones de Richard Gunn, Werner Bonefeld y Sergio Tischler, *provoca* reflexiones estimulantes.

Érase una vez la revolución. ¿Se acuerdan? Clases, luchas, antagonismo, marxismo, crítica... Términos que fueron comunes, casi cotidianos, no sólo en el qué hacer de los movimientos sociales, sino incluso en las universidades y en la prensa de gran circulación. Términos que el capitalismo globalizado exorcizó durante décadas y que, después de aquella gran alucinación colectiva llamada *fin de la historia*, vuelven hoy a asomarse ante el regreso ruidoso y generalizado de la cuestión social.

¿Contra qué luchamos? ¿Por qué luchamos? ¿Cómo luchamos? ¿Qué alcance pueden tener nuestras luchas? ¿Cómo entenderlas en el marco del mundo actual? He aquí algunas de las preguntas que plantean nuestros autores. Preguntas importantes a las que ellos no pretenden dar respuestas definitivas, sino que lanzan, más bien, para abonar el debate.

El libro consta de cinco ensayos que se centran en una interpretación polémica, y desde mi punto de vista fundamentalmente acertada, de lo que en la tradición del marxismo crítico se entiende por “lucha de clase”, una de sus categorías más importantes y, al mismo tiempo, más tergiversadas.

¿Por qué, tal y como se señala en la introducción, esta noción no sobresale hoy en el arsenal teórico de los nuevos movimientos sociales?

Me parece que las razones son claras. Está, en primer lugar, el inmenso descrédito del difunto socialismo soviético, de sus epígonos, y de los partidos llamados comunistas. Con el triunfo del estalinismo en la URSS, el marxismo se transformó en doctrina de Estado, anulándose durante décadas su inmenso potencial crítico. Una de las consecuencias de aquel fracaso estrepitoso fue el subsiguiente rechazo generalizado, particularmente entre las generaciones más jóvenes, de cualquier marxismo aunque fuera crítico.

Y está, por supuesto, la manipulación. Hoy, la propaganda imperial presenta toda lucha por un mundo mejor como la antesala de un campo de concentración. Es de estos días la noticia de que unos treinta diputados del Parlamento Europeo presentaron un proyecto de ley para prohibir tanto la svástica como la hoz y el martillo en los lugares públicos.<sup>1</sup>

Recuérdese, también, la ironía y el desdén con que los medios de comunicación conmemoraron, en 1998, el aniversario número 150 del *Manifiesto*. Para el lector contemporáneo, se decía, nada más absurdo, que extrapolar viejas y dudosas tendencias del siglo XIX, como la pauperización, o aquel gusto irracional por las barricadas...

La urgencia de acabar con la idea temeraria de que una sociedad puede ser transformada o, incluso, criticada, hizo olvidar que los socialistas no inventaron el término “clase”, ni siquiera “lucha de clases”. El propio Marx lo afirma en una famosa carta:

[...]por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna, ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas.<sup>2</sup>

El concepto de “clase” –dicho sea de paso– tiene por lo menos dos mil años de existencia. Significativamente, el término es de origen militar: entre los antiguos romanos, *classis*, era sinónimo de ejército y de las

divisiones entre los ciudadanos a partir del censo.<sup>3</sup> Ya encontramos una idea embrionaria de “lucha de clases”, en los clásicos latinos como Cicerón, quien diserta del Estado a partir de la lucha entre patricios y plebeyos.

¿Cuál es entonces la contribución de Marx a la teoría de la lucha de clases? La respuesta no es fácil ya que el prolífico fundador del socialismo científico diseminó en cartas y escritos gran cantidad de opiniones diferentes y hasta encontradas, sin jamás presentar un tratamiento sistemático del tema. Es sabido que lo iba a hacer en el capítulo 52 (el último) del tercer tomo de *El Capital* que, sin embargo, dejó inconcluso reduciéndose, en la versión publicada por Engels, a un apretado esbozo.

De manera que de Marx se pueden extraer muchas conclusiones. Existe, sin duda, un Marx libertario, “teórico del anarquismo” como, de manera provocadora, afirmó Maximilien Rubel,<sup>4</sup> uno de sus intérpretes más agudos y como refrenda Richard Gunn en su contribución: “la política auténticamente marxista equivale a una política anarquista”.<sup>5</sup> Ese es el Marx enemigo acérrimo del Estado, que percibe al proletariado como “sujeto de su propia emancipación” contra la burguesía y, también, contra las manipulaciones de las sectas conspiradoras (hoy diríamos: de los partidos políticos).

Ese Marx piensa que “el proletariado es revolucionario o no es nada”<sup>6</sup> —una afirmación que ya implica toda una teoría de la lucha de clases—, apartándose de los planteamientos más bien sociológicos que se encuentran en otros de sus libros como, por ejemplo, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* o, incluso, el *Manifiesto*.<sup>7</sup>

Aunque los epígonos siempre procuraron ocultarlo, es claro que una veta antiestatal atraviesa toda la obra de Marx, no sólo en la juvenil crítica a la filosofía del derecho de Hegel (1842), sino hasta el final de su vida, en los escritos contra Lassalle y los llamados “socialistas prusianos”, en la *Crítica del Programa de Gotha* (1875), en la correspondencia con Vera Zasulich (1881) y, de manera paradójica, hasta en los desafortunados panfletos contra Bakunin (1872).<sup>8</sup>

Sin conceder nada al delirio reaccionario por lo cual el marxismo llevaría a los campos de concentración estalinistas, tampoco podemos ocultar que también existe otro Marx. Un Marx autoritario y manipulador que

lanzaba sus dardos envenenados contra todo aquel que se atrevía a no pensar igual que él, fuera Proudhon, los aliancistas españoles o los anarquistas suizos de la Confederación del Jura.<sup>9</sup> Un Marx pangermanista que, en ocasión del estallido de la guerra franco-prusiana, escribió a Engels: “los franceses necesitan una paliza. Si ganan los prusianos, la centralización del poder estadual será útil para la centralización de la clase obrera alemana”.<sup>10</sup>

¿Cuál es el bueno? Felizmente, los autores de *Clase=lucha* no pretenden revelarnos a ningún Marx “verdadero”. Más bien toman lo que necesitan del *Capital*, de los *Grundrisse* y de la *Historia crítica de la Plusvalía*, es decir, asumen el punto de vista de la *crítica de la economía política*, mismo que, sin duda, remite a lo más actual del pensador de Tréveris.

A diferencia de filósofos y economistas –quienes aun cuando hablaban de lucha de clases buscaban la manera de conciliar los intereses opuestos en pos de algo superior (Dios, el espíritu absoluto, la patria)–, Marx proclamó abiertamente la existencia de un irreducible antagonismo entre obreros y capital. He aquí el meollo de su contribución a la teoría de la lucha de clases: poner el antagonismo en el corazón mismo del desarrollo de nuestra sociedad, algo que los defensores del orden establecido nunca le perdonarán.

Es mérito de los autores del libro que nos ocupa llamar la atención sobre estos hitos olvidados del marxismo. Comparto su definición: la noción de clase remite a una relación social y, de manera más específica, a una relación de lucha, no a un grupo claramente definido de individuos.<sup>11</sup>

Me parece, además, muy importante la distinción que se plantea entre *fetichismo* –es decir: la mistificación que está en la base de las relaciones mercantiles desveladas por Marx en el primer capítulo de *El Capital*– y *fetichización*. Mientras el primero es un hecho consumado, la segunda es un proceso: “si las relaciones sociales son tomadas como si estuvieran efectivamente fetichizadas o reificadas –escribe Holloway–, entonces se establece inmediatamente una distinción entre un *ellos* y un *nosotros*”.<sup>12</sup> Es la vieja contradicción dirigentes/ejecutores: *ellos* que no saben son los trabajadores y *nosotros* que sí sabemos somos los intelectuales, los críticos, el partido, etcétera.

“Las relaciones sociales –sigue Holloway– realmente están y no están fetichizadas, son contradictorias, su producción y reproducción es un proceso antagónico en el cual la fetichización de dichas relaciones se opone siempre a tendencias antifetichizantes”.<sup>13</sup>

A la manera de Karl Korsch, este marxismo no es una filosofía, mucho menos una ciencia: “desde el principio hasta el final, es una crítica tanto teórica como práctica de la sociedad existente”.

Naturalmente es preciso entender el término *crítica* no como lucubración intelectual, sino como necesidad práctica, “examen de cómo los deseos impotentes, las intenciones y las exigencias de sujetos individuales se desarrollan en un poder de clase históricamente eficaz que guía a la práctica revolucionaria”.<sup>14</sup>

Acto seguido, los autores dan un paso más al escribir que hoy “la línea de fractura de clases atraviesa y no sólo separa a los individuos”.<sup>15</sup> La fractura, habría que añadir, atraviesa incluso a los nuevos movimientos sociales. Éstos oscilan entre las luchas por la *apropiación* (del Estado, la Nación, el mercado, etc.) y las rebeliones contra “las impertinencias descaradas del totalitarismo económico”, así como el desarrollo de formas de ayuda mutua más allá del mercado y del Estado.<sup>16</sup>

En mi opinión, la consecuencia es que hoy la lucha contra el capitalismo no va dirigida *únicamente* contra las clases dominantes y el Estado, sino *también* contra la reproducción de los roles sociales que todos interiorizamos.

*Sólo* en este sentido esta es una lucha contra nosotros mismos y, por supuesto, *no* en el sentido psicológico. Frente a la universalización del trabajo asalariado y cuando la colonización de la vida cotidiana se presenta como la última frontera de la dominación capitalista, el proceso revolucionario tiene que empezar por una crítica radical de nuestra ubicación en la fábrica social, estemos donde estemos.<sup>17</sup>

De manera que “otro mundo es posible” sólo si empezamos a construirlo aquí y ahora, a partir de nuestras vidas cotidianas, “suprimiendo el estado de cosas presentes” (Marx), rechazando los modelos de comportamientos impuestos por la dominación capitalista y buscando crear otra sociabilidad. No para crear “colonias comunistas” (como generosa-

mente intentaron los anarquistas en el pasado), sino para construir colectivamente una nueva subjetividad radical e inventar una práctica revolucionaria acorde a nuestro tiempo.

Por último no está por demás recordar que el “marxismo abierto” al que se adhieren los autores, no es el producto de las fantasías de un cenáculo intelectual, sino que tiene raíces antiguas. En el libro se menciona al “obrerismo italiano”,<sup>18</sup> la corriente que hace más de cuarenta años puso el antagonismo obreros/capital en el corazón de su reflexión y quehacer político.<sup>19</sup>

La idea de que la vida cotidiana está en el centro de la transformación revolucionaria, se encuentra en autores “malditos” como Guy Debord y Raoul Vaneigem (por cierto, apenas citados en el libro) o, incluso, en heréticos del movimiento comunista como Henri Lefebvre.

Entre los no marxistas habría que citar a Michel Foucault:

El poder no actúa en un solo lugar, sino en una multiplicidad de lugares: la familia, la vida sexual, la manera en que se tratan los locos, la exclusión de los homosexuales, la relaciones entre hombres y mujeres [...] todas esas relaciones son relaciones políticas. Nosotros no podemos transformar a la sociedad si no transformamos estos poderes.

Hace casi 500 años, un clásico olvidado, Etienne de la Boétie, denunció la servidumbre voluntaria mostrando cómo el poder de un tirano tiene que encontrar complicidad en los círculos concéntricos de los dominados que en él encuentran o piensan encontrar alguna ventaja.<sup>20</sup> Hoy el tirano es el capitalismo y la complicidad es, precisamente, lo que tenemos que destruir.

## NOTAS

<sup>1</sup> *II Manifesto*, 10 de febrero de 2005.

<sup>2</sup> Marx a Weidemayer, 5 de marzo de 1852,

<http://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m5-iii-52.htm>

<sup>3</sup> En la Roma antigua, únicamente los terratenientes hacían el servicio militar en la *classis*, es decir, la infantería pesada. Los pobres o *infra classem*, estaban integrados en la infantería liviana. Sucesivamente, en el ordenamiento atribuido a Servio Tulio, el pueblo romano fue dividido en cinco clases y éstas en 193 centurias según el censo. Véase: Cicerone, *Dello Stato (de Res Publica)*, Mondadori, Milano, 1994, p. 250.

<sup>4</sup> Maximilien Rubel, *Marx critique du marxisme*, bibliotheque Payot, Paris, 2000. Véase en particular el capítulo “Marx, theoricien de l’anarchisme”, pp. 81-103.

<sup>5</sup> Richard Gunn, “Notas sobre la clase” en Holloway (coordinador), *op. cit.*, p. 26.

<sup>6</sup> Marx a Schweitzer, carta del 13 de febrero de 1865, en: *Pages de Kart Marx. Pour une ethique socialiste. Choiesies, traduites et présentée par Maximilien Rubel*, tomo II *Révolution et Socialisme*, Petite Bibliotheque Payot, Paris, 1970, p. 73.

<sup>7</sup> Véase: Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, cap.VII.

<sup>8</sup> Dejando a un lado los insultos recíprocos, lo esencial de la polémica entre Marx y Bakunin es optaba por los sindicatos. Sin entrar en el debate de quién tuvo razón entonces, es claro que hoy ambas posiciones son obsoletas.

<sup>9</sup> Véase: Max Nettlau, *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. 1868-1873*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1977.

<sup>10</sup> Marx a Engels, carta de 20 de julio de 1870. En Marx-Engels, *Correspondencia*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1970, p. 373.

<sup>11</sup> Richard Gunn, “Notas sobre clase” en: Holloway, compilador, *op. cit.*, p. 20.

<sup>12</sup> “Clase y clasificación” en Holloway, *op. cit.*, p. 72.

<sup>13</sup> *Op. cit.*, pp. 73-74.

<sup>14</sup> Karl Korsch, *Teoría marxista y acción política*, Cuadernos de Pasado y presente, núm. 84, Siglo XXI Editores, México, 1979, p. 196.

<sup>15</sup> Richard Gunn, *op. cit.*, p. 24.

<sup>16</sup> Véase los escritos de Robert Kurz y del grupo alemán *Exit*. Véase:

<http://www.exit-online.org>

<sup>17</sup> En Europa, algunas corrientes ya reivindicaban este enfoque en los años setenta. Además de los *situacionistas*, estaba *Invariance*, en Francia y *Comontismo* en Italia.

#### BAJO EL VOLCÁN

<sup>18</sup> Señalé las ambigüedades del obrerismo italiano en: “Antonio Negri, *Imperio* y la extraña trayectoria del obrerismo italiano”, véase: Claudio Albertani (coordinador), *Imperio y movimientos sociales en la edad global*, Universidad de la Ciudad de México, 2004.

<sup>19</sup> En la Europa de los años setenta hubo muchas corrientes que reivindicaron este enfoque.

<sup>20</sup> Etienne de la Boétie, *Sobre la servidumbre voluntaria* (publicado por primera vez en francés hacia 1548), <http://www.sindominio.net/oxigeno/archivo/servidumbre.htm>